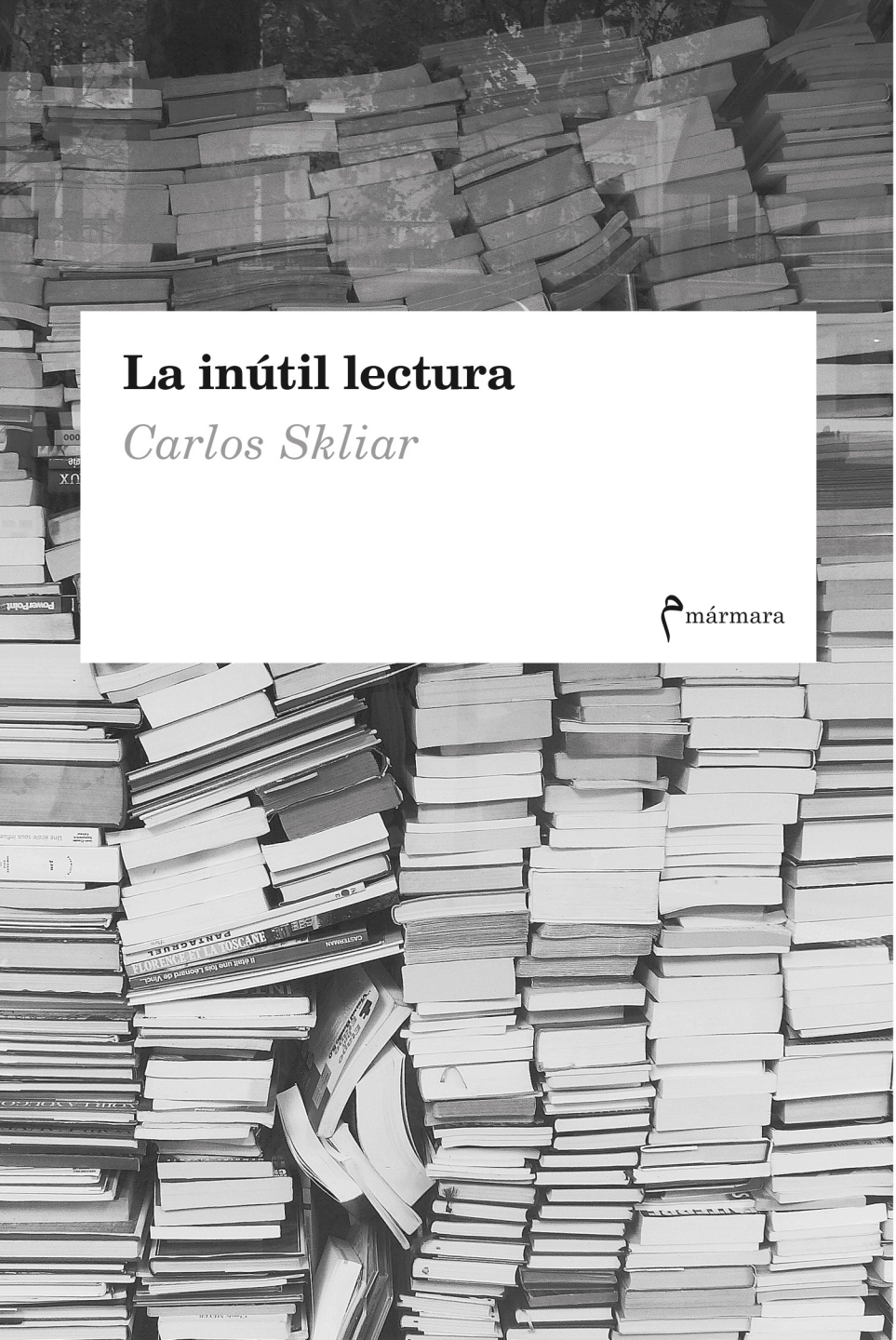




La inútil lectura

Carlos Skliar

 mármara

mármara ensayo, 3

Carlos Skliar

La inútil lectura

 mármara

Primera edición: mayo de 2019

© Carlos Skliar 2019

© 2019 de esta edición: Mármara Ediciones

www.marmaraediciones.es

Diseño: Carlos Úbeda

Ilustración de solapa: Élia Mervi

Fotografía de cubierta: August Brill

Impresión: Cofás

Impreso en España — Printed in Spain

ISBN: 978-84-120080-2-9

Depósito legal: M-14849-2019

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

INDICACIONES

TRES CUESTIONES SOBRE LA LECTURA

UNA

Mis lecturas, la duración imprecisa pero intensa de un tiempo corriente y claroscuro como lector. La pregunta, que me fue puesta en una conversación sobre la lectura: ¿dónde estamos?, ¿dónde estoy cuando leo? Ese sitio impreciso llamado *estar leyendo*. Una neblina y, tal vez, su disipación; horizonte llano que de a poco se vuelve paisaje escarpado. ¿Qué me pasa con los libros, con algunos libros? La fragilidad. Disposición inaudita hacia el tiempo libre. Libre y libro, una cercanía del lenguaje que no se equivoca. En la lectura hay alteridad, sí. Un libro me susurra o confiesa o hace que descarte otros libros. Jamás ahondé en la conveniencia de mis lecturas, ni sobre su provecho o beneficio. Sin embargo, puedo hablar sobre mi implicancia como lector. Leo. Releo. Y cuando lo hago no sé qué es leer, ni sé qué será de la lectura.

DOS

Las lecturas de otros. La gestualidad del lector. Habitantes de un tiempo-espacio íntimo, solitario, singular. Formas de hacer y de estar en la lectura. ¿Hay lectores

para la lectura? ¿Quiénes son, qué leen, dónde? ¿Desde cuándo lo hacen o desde cuándo lo harán? Alguien ofrece la lectura, la lectura proviene desde fuera de los individuos. Por ello la lectura es, además, una conversación sobre lo que se lee. La celebración de la ficción contra el oprobio de la excesiva realidad. Virtudes mínimas, sin énfasis, sin ninguna grandilocuencia. Silencio, intimidad, soledad, alteridad. O bien, como decía Hugo de San Víctor en la Baja Edad Media (año 1141): *Meditatio, soliloquium, circumspectio, ascensio*.

TRES

Época y lectura. Por qué la aceleración del tiempo impide o estorba o prohíbe leer. Lugares de lectura. La ensoñación del leer, su probable deseo y pesadilla. Leer lo cercano para pensarlo de otro modo, leer lo lejano para percibir lo próximo. Y un interrogante: ¿Es útil la lectura? ¿A quién se le ocurre la pregunta? ¿Y para qué hacerla? La afirmación debería ofrecer su contrario: despojar de todo provecho a la lectura, para poder leer. Gestualidad política: dar a leer, sin optimismos ni pesimismos. Gestualidad filosófica: leer porque no es posible evitar la complejidad del universo. Gestualidad literaria: quitarse de uno, leer tanto lo cotidiano como lo sublime. Gestualidad poética: mostrar un posible vínculo pasional —no afirmativo, sino pasional— con lo que se ha leído y con aquello que se leerá.

ENTONCES: TRES CUESTIONES SOBRE LA LECTURA

La experiencia, la conversación y la interminable pregunta sobre por qué —y no para qué— leer. O tal vez una sola cuestión, única, austera, repetida, siempre la misma. Leer es una fragilidad que de nada sirve. La lectura no *sirve para nada*: y sin embargo, aun así, todavía, por ello mismo...



LA INÚTIL LECTURA
(POR QUÉ LEER EN TIEMPOS DE PARA QUÉ)

Soy un lector frágil.

Durante el tiempo de la lectura no sé qué busco, ni sé si la cuestión está en buscar algo. No sé si de lo que se trata es de olvidar, recordar, memorizar, pensar, estudiar o, simplemente, conmoverme. No tengo ideas previas de la lectura ni del texto que leeré, y las vagas nociones que sobrevienen después —si acaso ello ocurriese— no pasan de ser relámpagos o hachazos o estremecimientos vagos o, bien, completa indiferencia.

Confundo el qué con el quién.

Me distraigo con las formas huidizas del lenguaje, con las palabras inesperadas, con las apariencias deslumbrantes de la traducción, con aquellas frases que ocupan mi atención como si estuvieran solas, sueltas y detenidas en medio de una página.

Me pierdo, es decir, a veces no sé qué se está diciendo, qué sitio es aquel que enmarca la historia, qué sucederá con los personajes o con el discurso; me retraigo con los gestos demasiado imprevisibles de la escritura y con las argucias evidentes.

Me doy cuenta, eso sí, de cierta noción del presente que luego, enseguida, se esfuma, como si leer no tuviera relación con los conceptos sino más bien con las percepciones.

En el reino gravitatorio de lo que leo, el mundo carece de exterioridad, todo está allí mismo, y nada lo

está. El tiempo se cuece y descuece como si fuera arcilla moldeándose en una vasija que luego desaparecerá de mi vista y, quizá, reaparezca en mí más tarde, de otra manera, siempre menor a lo leído, siempre precaria en relación a la escritura.

No es que gozo de la lectura, no es ésa exactamente la palabra que mejor describe aquello que me ocurre; sería más preciso decir que gozo del tiempo en que me dispongo a leer y leo, es decir, el placer no está en descifrar, interpretar —que son rasgos del esfuerzo, incluso del padecimiento de una tarea— sino en abandonarme, despreocuparme, sustraerme, ausentarme.

Soy un lector vulnerable.

Confío en lo que está escrito porque me invisto de una suerte de transparencia parecida al credo por la lectura o la lisa y llana credulidad; he de presuponer la veracidad de la ficción, tanto su enraizamiento como su desgajamiento.

Abro un libro y sé que no sé qué vendrá, ni qué sucederá, ni cuándo, cómo, dónde.

A veces pienso: ojalá mi vida se pareciera a ese letargo, a esa frágil convicción, a esa epifanía de la lectura según la cual ningún destino está trazado de antemano. Quisiera creer, pues, que la vida también es un porvenir que aún no está escrito.

Pero sé que es inútil afirmar que la lectura vale la pena.

Y al mismo tiempo, intuyo que se trata de una suposición necesaria: como lector siento que la lectura

es un tiempo imperdible que se pierde, el desapego de la prisa, una de las más raras virtudes de la bella inutilidad.



La pregunta del por qué de la lectura parece hoy obsoleta o algo pueril o quizá desacertada en estos tiempos en que predomina la fórmula del *para qué* —ese modismo del lenguaje que solo expresa su más fiel servidumbre al provecho, a la finalidad—, en la cual incluso los recién llegados al mundo parecen haber ingresado y sucumbido.

Semejante cuestión —la razón de la lectura— ya no alude al conmovedor e insistente temblor de las entrelíneas, o a la incertidumbre que se instala delante y detrás de cada palabra, o por que valga la pena interrogar por el aliento y desaliento del leer, sino más bien por el vacío que provocan las repeticiones sin voz, esa suerte de burocracia del alma que se yerque por delante de las dudas, el rumor sin sonidos, su consabida inutilidad en un mundo que solo se precia y se jacta de las puras utilidades.

El problema no está en hallar el rastro de una racionalidad lectora, previa e inalterable a estos tiempos, sino más bien en moverse en la arena cenagosa de sus efectos singulares; tener en cuenta que cada vez que se lee es como si fuera la primera vez, y de esa experiencia habitada por los riesgos de la impotencia y la indiferencia buscar el surgimiento de una potencia

inaudita, el nacimiento de un acontecimiento tal vez revelador: que cada texto, cada libro, cada obra provoca una particular definición de la lectura, inhibe la ley o el concepto precedente, enhebra una suerte de asombro único e irrepetible, y desata ese nudo torpe que asfixia a la vida a solo ser o tener, parcamente, escasamente, un comienzo, un desarrollo y un final.

Leer no es tanto una forma de ser y quizá sea mejor decir que es una forma de estar y de hacer.

No es tarea simple abandonarse y perderse en la lectura, no, y sin embargo es de las pocas cosas que aún merecen ser hechas en este mundo de barullo de informaciones, mismidad de imagen y negación de soledad y silencio: una de las pocas formas de preservar la vida de otros, darles hospitalidad, remontarlas en vuelo, en tiempo y en espacio, quitarnos de una buena vez de la vida convencional —nuestra vida convencional, como escribió Antoine Compagnon*—, y advertir cuánto y cómo la alteridad, lo desconocido, lo ignorado, las vidas ajenas revuelven y renuevan nuestra limitada vida individual.

Pero aún resta explicitar lo más importante: la lectura debería formar parte de la utilidad de lo inútil o, para decirlo de otro modo, debería evitar la promesa de ganancias, la acumulación progresiva de conocimiento en tanto mercancía o lucro; la lectura, así, no *sirve* ni debería servir para nada.

* COMPAGNON, Antoine. *¿Para qué sirve la literatura?* Barcelona: Acanalado, 2013.

Ni utilidad, ni provecho, entonces: leer no es obtener ni poseer algún valor material; no es un medio a la espera de una finalidad de usufructo. Leer, leer literatura, leer ficción es, en este sentido un gesto de contra-época: perder un tiempo que no se posee, estar a la deriva, transitar por un sendero estrecho lleno de encrucijadas, deambular entre metáforas y desnudar o hacer evidente la imagen irritante —por rebelde, por desobediente— de un cuerpo que no está haciendo nada, nada productivo, delante de la mirada ansiosa y vertiginosa de un tiempo acelerado.

Encontramos aquí, pues, la rara virtud de la lectura: su indisimulable inutilidad. *Inutilidad* en el sentido elogioso y celebratorio del término al interior de un tiempo que declama su opuesto, esto es, la adoración de la ocupación fatigosa, el esfuerzo hacia la felicidad tensa y banal, el ganar tiempo —o al menos no perderlo—, aprovechar incluso el tiempo libre —lo que resultaría el más falaz de los contrasentidos.

Inutilidad de la lectura, de lo literario, de la ficción, como bien escribe Nuccio Ordine:

La literatura [...] puede por el contrario asumir una función fundamental, importantísima: precisamente el hecho de ser inmune a toda aspiración al beneficio podría constituir, por sí mismo, una forma de resistencia a los egoísmos del presente, un antídoto contra la barbarie de lo útil que ha llegado incluso a corromper nuestras relaciones sociales y nuestros afectos más íntimos. Su existencia misma, en efecto, llama la atención la gratuidad

y el desinterés, valores que hoy se consideran contrarriorrente y pasados de moda.*

La inutilidad de la lectura, su gratuidad y postura de desinterés, así como el vagar sin rumbo, el andar libremente, la conversación sin motivo ni fin previsto, el no hacer nada, se contraponen nítidamente a la imagen de una humanidad que —del mismo modo que un hámster— gira incesantemente en una rueda, enjaulada, sin ir hacia ningún sitio, sin desplazarse hacia ninguna parte, movida apenas por el reflejo absoluto de la aceleración continua, incapaz de detenerse, de hacer pausas, de mirar hacia los lados, aún sobreviviente pero exánime, reacia a preguntarse poco y nada.



Es inútil la lectura, como ya se ha dicho.

Pero el relámpago está presente. También el estallido. Y la constelación. Y los ojos entrecerrados —o entreabiertos, no se sabe— dirimen si la mirada liga lo que ha sido del mundo y de la vida con aquello que tal vez sería o podría llegar a serlo: «No es que lo pasado arroje luz sobre lo presente, o lo presente sobre lo pasado, sino que imagen [o, lo que es lo mismo, lectura] es aquello en donde lo

* ORDINE, Nuccio. *La utilidad de lo inútil. Manifiesto*. Barcelona: Acanalado, 2013, pp. 28-29.

que ha sido se une como un relámpago al ahora en una constelación*».

Uno puede preguntarse: ¿por qué la lectura si ella no nos ofrece más que inutilidad, ambigüedad y desatención, desierto de sentido y molesto polvillo que dejan las palabras inquietas, atracción por el sonido en el reino de la infección de la voz, pasión desaforada por la invención de lo inexistente, pasaje inadvertido a través del tiempo y del espacio, cuerpo casi yaciente, esquivo, solitario, ausente, lejano?

No se preguntará aquí *para qué* sirve la lectura, no.

Porque la respuesta inmediata será, cada vez, toda vez, siempre: *para nada*.

Para nada, sí: ni para ser mejor persona —como no se cansan de repetir los *optimistas* de la lectura—, ni para ser algo o alguien en la vida, ni para triunfar, ni para ser feliz, ni para resolver los dilemas antiguos y presentes de la humanidad, ni siquiera para conseguir empleo en un mundo sin trabajo y devastado por la urgencia del tiempo, es decir, por la taquicardia de las almas.

Sobre la esencial *utilidad* de la lectura ya se ha escrito demasiado, pero muy poco sobre su *inutilidad*, y aun así nunca será lo suficiente.

Quizá a lo ya dicho habría que añadir que la inutilidad se ha convertido en un valor en desuso, pero es más esencial que el aire espeso y contaminado de las ciudades, más que el despojo de la irremediable y

* BENJAMIN, Walter. *Libro de los pasajes*. Madrid: Akal, 2005, p. 484.

tosca realidad, y todavía más que la obstinada confusión de presencias y de ausencias de la comunicación breve, eficaz e inmediata.

Una virtud, la de la inutilidad, cuyo sentido no puede atesorarse sin mencionar, de paso, que es inútil para este mundo estar leyendo, que molesta o perturba o incomoda el individuo lector no sometido a la actividad permanente, ni dócil a la lógica del provecho, del consumo y de la finalidad.

Que la lectura no sirve para nada, pues, y que esa es su única o mayor virtud.

No sirve, si por servir entendemos servidumbre y pérdida de singularidad. No sirve si de lo que se trata es de morirnos antes o enseguida sin importarnos otras vidas y otras muertes.

No sirve, claro está, si lo que se nos propone en cambio es una felicidad atravesada por espasmos de luctuosa indiferencia: «Ante los alguaciles de la producción / y titiriteros del orden, / defiende el ejercicio del ocio, / la compulsión a los libros*».



Nadie ha entrado dos veces en el mismo río. Pero ¿hay acaso alguien que haya entrado dos veces en el mismo libro?

(Marina Tsvietáieva)

* RIOJA, Matías de. *Mufasa no debió morir* (escritos por si acaso). Buenos Aires: Editorial Dunker, 2014, p. 12.



¿Qué es lo que se sabe al leer? ¿Se sabe algo? ¿Algo que esta época pueda considerar de utilidad, de provecho, de finalidad específica? ¿Y, en todo caso, aquello que se cree saber a través de la lectura podría llamarse, entonces, *conocimiento*?

Los argumentos pueden ser esquivos o, incluso, desconcertantes; como sea, habrá que referirse a una suerte de saber inalcanzable o inoperante por otros medios, y que quizá comparta con otras formas del arte su potencia y su evanescencia, en fin, su fragilidad.

No se pone aquí en cuestión la autenticidad o no de ciertos hechos que bien podrían adquirirse a través de testimonios o de referencias documentales, sino en los términos de una veracidad que, expresada bajo formas literarias, nos hace presentes de un modo peculiar en un tiempo no vivido, en un espacio no habitado, en medio de una conversación de la cual somos testigos oyentes, sí, aunque mudos.

Esta es la cuestión: aquello que en apariencia resulta distante en los aconteceres y devenires que se leen —tanto en su pasado como en su futuro, tanto en el espacio cercano como radicalmente lejano— se hacen presentes no solo por la fuerza de una imagen o la duración de una descripción, sino sobre todo por la fuerza de un lenguaje que, producido en un tiempo determinado se desancla de él en el mismo instante de la lectura; también, por la impresión de una intimidad a todas luces inicialmente ajena y poco a poco

quizá próxima; incluso por la incertidumbre de una historia que se desconoce completamente; y, además, por la recreación de un tiempo que vuelve corpórea la implicancia del lector.

El gesto de la lectura es, en cierto modo, un gesto de veracidad, un gesto no del todo narrable o transparente cuyas partículas elementales requieren todo el tiempo prestar atención a los laberintos del *quizá*, del *casi* y del *sin embargo*.

Conocer: un concepto se sostiene por la fuerza brutal de todo aquello que no es mirado, por la banalidad de considerar aquello que solo está en nuestra frente, o por lo que se dice pero se vuelve indiferente a las palabras.

Pero leer no es conocer, sino percibir, adentrarse en la desobediencia del lenguaje, y quizá pensar.

Percibir, adentrarse en el lenguaje y pensar, a partir del anuncio de un abismo. Percibir, entrar al lenguaje y pensar como desear: la boca tiembla. Percibir, hacerse lenguaje y pensar como fragilidad: el sentir es primero. Percibir y pensar como la zozobra de la lengua: habría que callarse si quisiéramos que algo ocurra.

Leer es una ficción, es hacer *como sí*.

Tener en cuenta como si fuera posible acariciar las rarezas de otros cuerpos, darse cuenta que uno mismo es esa rareza, tocar la parte más esquiva del sol, o la curva del relámpago, o la transparencia de los lados de la lluvia, ser niño después de haberlo sido alguna vez, ser anciano antes de serlo. Tener en cuenta que

somos, por un instante, aquellos que no fuimos, no somos, ni seremos.

Leer es mirar.

Mirar con prudencia, para que el tiempo se lleve su propia soledad. Mirar con estupor: como si el deseo estuviera encendido desde antes. Mirar con ternura: como si no hubiera más que infancia. Mirar con sencillez: lo mirado no precisa ser nombrado, ni arrastrado. Mirar como acompañar un cuerpo aún indeciso. Mirar para afirmar lo presente, lo que permanece ni muy lejos, ni muy cerca: mirar enredado alrededor. Mirar como lo opuesto de escaparse. Mirar como escuchar.

Leer es desear.

El escondite ya no existe, no hay velos ni argumentos ni resquicios. Por eso nos sorprendemos: nadie se acostumbra a su cuerpo desnudo tanto tiempo. Nadie se habitúa a tanto deseo. La ropa ni siquiera está por dentro, todo es piel, incluso las vísceras, incluso el espacio. Desear como morder, como el desplante de la norma, como aquello que tendrá que acontecer hasta antes de la muerte. Desear como quebrar el trazado ya pensado. Desear como destruir el pacto con los espejos. Desear como la tormenta que nunca acaba. Desear, no como ley, pero sí como desordenado fundamento.

Leer es no conocer.

No conocer qué palabra es la que pronuncia el primer temblor y su posible desvanecimiento. No conocer quién guarda las historias que nunca se cuentan o el silencio que persiste más allá del consuelo. No conocer

desde cuándo una sombra nos sigue ni cuándo nos suelta. No conocer qué es la lluvia cuando aún no ha venido, ni el rastro de un pájaro cuando aún no hizo vuelo. No conocer de qué está hecha la belleza, a no ser de fe, de ceguera y de fuego.

Leer es dudar.

Dudar siempre de qué lado de una pesadilla nos encontramos, así como jamás saber si hubo un sueño o fuimos soñados por otros. Carecer de nociones sobre el amor cuando se ama y menos sobre la vida en ese instante en que todo está demasiado calmo. No imaginar el descorrer del tiempo porque no hay sonido o hueso o sangre que logre detenerlo. Desconocer qué seguirá a la voz que nos llama, al cuerpo que viene, al ardor que abrasa, a la página que sigue.



La lectura guarda para sí una única afirmación: todo lo que sabemos de nosotros proviene de cada una de nuestras ignorancias.

No hay relato que pueda consolar la lenta ascensión del agua hasta el cuello, los perros ahogados, la humedad aciaga de los libros y la desolación de la tormenta sobre las casas sin techo. Y es que nadie sabe cómo se disipa un sueño oscuro, la pesadilla que corroe las sienes, los oídos atravesados por los truenos.

Por ello la lectura es el teatro de lo inesperado, justamente porque impide cualquier premeditación de rumbo, el ejemplo más noble de un trazado irregular,

esa suerte o desgracia de Babel que todos llevamos dentro, no solamente entre las lenguas sino al interior de nuestra propia lengua.

Y por ello leer no deviene en un saber luminoso, sino en un sabor extraño, casi ácido: ¿a qué sabe la ignominia, el desamor, la niña que se pierde en el anochecer del parque, los duraznos aplastados sobre el suelo, el retraso de una estrella, el hueso astillado, la caducidad de un pensamiento, el desamor extremo?

Leer entonces a aquellos que escriben la extrañeza del instante, a quienes se someten a la ilógica del segundo y quisieran que esa desavenencia durase lo imposible.

Pues nada hay más misterioso que un segundo.

Sí, el segundo es la unidad mínima del misterio.

Como si en vez de considerar al sujeto, a Dios, o a los reinos en tinieblas, el gran misterio sea ese segundo en el que algo oscuro —como la infancia de pronto huérfana, o como el soplo inesperado de la muerte, o como la súbita reaparición de la vida— se hace transparencia en la lectura, aunque se sepa —y lo sabemos— que quizá nunca ocurra.

Porque en un segundo de lectura cabe un camello a través del vacío de una aguja. O el sonido equivocado que proclama una guerra. O el preanuncio de otro segundo en que alguien dirá que algo comienza o algo acaba.

La lectura ofrece entonces una rara transparencia. Mejor dicho: asombra al pensamiento. O más todavía: el lector podría hacer una experiencia del *más*

allá del presente estrecho y agónico en el que nos encontramos.

Nada que pueda pensarse deja de ser impensable tiempo después. Quienes *ya saben* están amarrados a algo que desea moverse todo el tiempo y no perciben que es lo otro lo que nos lleva a rastras: un pez exánime nos habla del agua impura, la soledad nos habla al oído en una lengua incomprensible, la mañana nos despierta, la noche nos hace vulnerables.

La lectura se mueve entre los tiempos y los confunden: aquí y ahora, por fin, afortunadamente, dejan de serlo.

Y algún libro nos ofrece aquellas palabras de un mundo y de una vida que nunca tuvimos antes.



Leo, por ejemplo, que: una niña ignora por completo que será una poeta amada fuera de su tiempo. Pasa los días dibujando desde muy pequeña, ya a los seis años cree saberlo todo y siente que tiene todo el tiempo —y todo el mundo— por delante. Jamás ha pensado que tendrá tres hijos y que la más pequeña morirá por inanición antes de pronunciar la primera palabra. Tampoco elabora su futura sensibilidad extrema, ni cocina a lentitud de fuego un amor que le resultará eterno. Desconoce que su sueño se estrangulará en la horca. E ignora que sus cartas serán leídas en otra época y que cada uno de los lectores sentirá, en cierto modo, ser su único destinatario.

Leo que un niño de siete años camina descalzo por un pueblo desierto. Es la hora de la siesta y solo él y los insectos y la brisa entre los álamos siguen despiertos. Ese niño que ahora juega con las piedras —descubriendo rugosidades, lisuras, tersuras— no tiene idea de qué es el trabajo ni por qué la mayoría de los adultos tienen una voz amarga. Mira el cielo y cierra los ojos para no enceguecerse con la luz violenta del inicio de la tarde. No se pregunta por la injusticia ni por la justicia. Solo desea que ese instante no se acabe nunca.

Leo que una mujer y un hombre aún no se conocen ni se encuentran, porque todavía son una niña y un niño. No saben que pasarán la vida juntos, ni tienen idea alguna sobre un barco que navegará treinta y dos días hacia una patria incógnita y desmesurada. Ella aún tiene el cabello rojizo, los ojos entornados, la boca con pocas palabras y él se pasa las horas trabajando en el campo con sus padres, intentando que la tierra le ofrezca otra cosa que patatas. Todo lo que ahora hacen no conduce a ningún encuentro, a ninguna parte, a ningún recuerdo. Los días solo pasan hasta que se les hace posible mirarse. Él no sabe que sus tijeras le desfigurarán los dedos por vestir a señores y señoras desatentos. Ella tampoco sabe que confundirá sus recuerdos, como quien confunde el movimiento de las olas o el azul y rojo y amarillo de los fuegos.

Leo que una niña juega sentada sobre la hierba, mientras su padre aspira y desparrama un tabaco fuerte. La niña ignora qué le tocará en suerte, si es que acaso

habrá suerte. Quizá alguna vez recuerde el aroma mezclado de esas hojas amargas encendidas y de su juego incesante sobre la hierba. Pero no tiene idea de qué será cuando, después, se le pregunte o se pregunte a sí misma quién es. Esa niña quizá juega con otra niña y no sabe que ya no volverá a verla jamás; no prepara su vida, nada de esto derivará en aquello, no anticipa los días, no tiene otra pretensión que hacer perdurar la atmósfera en la que se encuentra. Una atmósfera: la mezcla imperfecta de un olor, un sabor, un sonido y la conciencia en otra parte. Ni siquiera repara, ahora, que su padre lee apoyando el libro sobre su brazo quieto. Desconoce que le tocará una vida de difamación, de memoria aturdida y de décadas de encierro.

Leo que una niña de tez oscura que en este instante abre un libro como si abriera todo el universo, no sabe que su vida acariciará el recuerdo de una poeta lejana. Cuando lee por primera vez le palpita el corazón e imagina una noche con sol y un día con luna. Nada entiende de versos sonoros ni del despliegue de las velas de un barco que naufragará más tarde. Lee, porque el frío siberiano es despótico y se oculta tras la ventana; lee, porque no hay nada para comer; lee, mientras las guerras y las revoluciones se confunden bajo la misma estampida de un cañón sórdido y vetusto.

Leo que un hombre sueña delante de un fuego más rojo que azul, escuchando de fondo alguna breve sinfonía, en la habitación de un hotel de Moscú sentado en una silla desvencijada, junto a una mujer que sabe mirar el viento, los dos frente a un ventanal y del